

antiguo y en el mundo moderno, mientras el franco, de origen germánico también como alemanes y sajones, respetará mucho la Vieja Roma, sostendrá el catolicismo con su Clodoveo, lo propagará en España con sus Princesas, donará su patrimonio al sucesor de San Pedro por mano de Pipino, y por Carlo-Magno restablecerá el Imperio romano que debe dividirse con el Pontífice Católico nuestra Europa. Y mientras tanto vendrán á España los bárbaros más imbuidos del espíritu y del carácter oriental, es decir, los godos, aquellos más civilizados, quienes podrán escribir el Fuero Juzgo, y comprender la Enciclopedia de San Isidro, por hallarse de antemano en contacto, entre todos los irruptores, con nuestro genio propio y con el ministerio que debemos desempeñar y el fin que debemos cumplir en la civilización europea. Y por estas concausas, así en las tierras del Norte como en las del Mediodía, y así al Oriente como al Occidente de nuestra Europa, llevan los problemas europeos datos contenidos en ellos desde los días del siglo quinto. Pues con mayor motivo podemos decir esto de la revolución francesa que se une y enlaza con las viejas revoluciones de Grecia y Roma.

¡Cuántas correlaciones misteriosas de los hechos entre sí más dispersos y aislados! Si los normandos, por ejemplo, concluyeron á una con el Imperio Occidental, trocándolo de jefatura efectiva, como la desempeñada por Carlo-Magno, en jefatura nominal, como la desempeñada por sus célebres sucesores, los sacros Césares de Alemania; y los búlgaros y los servios, en general, los eslavos concluyeron con el Imperio de Oriente, reduciéndolo á Constantinopla y sus anejos, debilitándolo mucho en Servia, en Bulgaria, en Macedonia, en Dalmacia, en todas los pueblos greco-eslavos, á cambio de todo esto, creció la Iglesia Cristiana por medio del Pontificado Católico. Allí donde terminaran las conquistas de César en Bretaña y en Germania, comenzaron las conquistas del Papa. Las magníficas islas, domadas por los sajones y esclarecidas por los evangelistas, engendraron aquellos misioneros encargados de penetrar por las selvas boreales del Continente y traer á la Iglesia Romana pueblos jamás sometidos por el romano Imperio. No importó el cisma de Oriente, la Iglesia Católica pudo concentrarse así en el Occidente y en el Norte, dando mayor unidad al espíritu moderno de la Edad Media, y mayor disciplina saludable á tantas tribus como necesitaban en su barbarie primitiva de tan ilustre dirección. Mas, casi al tiempo mismo que se caía el Imperio Cristiano de Occidente, y que se dilataba el Imperio Cristiano de Oriente, surgían los Imperios musulmanes mantenidos por la privilegiada gente árabe, surgía el Imperio de los Omniadas en Córdoba y el Imperio de los Abasidas en Bagdad, ambos á dos con aires de grandes y religiosos Califatos. Estos dos Imperios pretendieron, el uno por Oriente y el otro por Occidente, disputar al genio cristiano y Occidental el dominio de nuestra Europa. En Occidente inundaron toda nuestra Península; y se necesitara tanto de Carlos Martel como de sus climas poco apropiados á la compleción árabe para detener aquella ola en los campos de Poitiers. Por Oriente no podían llegar, ni

uno ni otro Imperio, á las puertas de Constantinopla y de Atenas; pero se posesionaron de muchas islas en los mares griegos disputadas á su poder por los venecianos, y llegaron á constituir en Sicilia una civilización tan brillante como la misma civilización andaluza. Esta, cuyas artes y ciencias compitieron indudablemente con las más luminosas de todos los siglos, mantuvo, en el terror teocrático de tiempos muy oscuros, el estudio de la Naturaleza y el amor á la Naturaleza, enlazando con esmaltado y damasquinado anillo las ciencias antiguas con las ciencias del Renacimiento. Pero, proclamando estos servicios de la civilización árabe, no podemos desconocer cómo el principio fatalista encerrado en sus dogmas, ha traído su rápida decadencia y ha gangrenado en la servidumbre y en el fanatismo territorios hermosos y pueblos privilegiados del planeta. Lo cierto es, que las tres ciudades generadoras del Cristianismo en su primera fase, las tres, Jerusalén, depositaria de la idea divina; Bizancio, erigida contra el paganismo incurable de Roma; y Alejandría, en cuyos sistemas platónicos y sincretísticos encontró nuestra Teología su eterna metafísica, las tres pertenecen hoy á los musulmanes, ya semítas, ya mongoles. Y no trae pocas aflicciones á nuestro siglo esta dominación del Koran en las tierras del Norte de Africa y este culto prestado al Koran, así en la Basilica de Santa Sofía, tan humillante para todos los griegos, como en la mezquita de Omar, próxima de antiguo al Sepulcro del Salvador, y tan humillante para todos los cristianos. Cuando en el octavo siglo ganaban los árabes en el Guadalete y en el Guadalquivir, y en el Guadiana, y en el Tajo sus fáciles victorias; y cuando en el siglo décimo-tercio entraban los mongoles en Jerusalén, ¿quién les hubiera dicho que las consecuencias de sus esfuerzos y de sus triunfos habían de venir hasta nosotros y pesar sobre un siglo como nuestro siglo décimo-nono, y sobre una gente como nuestra gente europea? Es muy difícil saber la correlación de los hechos, y sin tal ciencia no existe la Historia.

Si tales hechos trascienden á nuestros días, ¿cuánto más trascenderá la división del poder temporal y el poder espiritual, ó sea, la perdurable lucha entre la Iglesia y el Imperio! Todavía en los concordatos entre Roma y los diversos Estados, en las colaciones de beneficios, en la presentación ó nombramiento de preladados, en las competencias acerca de la intervención indispensable al Estado para la organización del matrimonio en los presupuestos eclesiásticos, enciérrase tan enorme cuestión, cuyos orígenes frisan con el alba de los tiempos pasados, y cuyas consecuencias llegarán hasta la consumación de todos los tiempos. El canciller Birmarck aseguraba en solemne debate sobre las celeberrimas leyes de Mayo, que las divisiones del poder espiritual y el poder temporal, databan de la troyana guerra, en que riñeron tantas veces el adivino Calcas y el rey Agamenón. Donde han vivido en larga separación los dos poderes, siempre ha pasado lo mismo. El profetismo hebreo, sin constituir una institución política á los profetas, forjaba doctrinas favorables á su predominio, y las mantenía en oposición abierta y casi en guerra implacable frente á frente, y aun contra de los reyes. Pero en todo el transcurso de los antiguos tiempos, el

Estado tomaba unas veces carácter teocrático y otras veces carácter autocrático. Los poderes religiosos, ó lo eran todo absolutamente, ó no eran absolutamente nada. En Asia el sacerdocio acaparó los Estados, en Grecia y Roma los Estados acapararon el sacerdocio. No hubo, pues, separación entre la potestad política y la potestad religiosa. El estoicismo propuso esta separación, trazando como ideal de una sociedad bien organizada un sacerdocio en cargo de la moral y de la ciencia, un cuerpo exclusivamente político encargado de la realidad. En la Noche-Buena inolvidable del ochocientos, cuando el Papa se quedó con la dirección espiritual del mundo católico, dejando á Carlo-Magno la dirección material, consumóse la separación propuesta por los estóicos antiguos con tan grande antelación. El imperio carolingio se acabó al advenimiento de los débiles sucesores de Carlo-Magno y al choque con los bárbaros, viniendo un predominio de la Iglesia sobre el imperio extendido del siglo noveno al siglo décimo-tercio, ó sea cuatrocientos años. En este intervalo Francia, Italia, se habían separado del Imperio. Este quedaba residiendo de derecho en Roma, pero siempre que necesitaba ó pretendía ir á su capitalidad honoraria, ó no podía entrar, ó entraba por ministerio y con auxilio de la fuerza. El Papa unas veces le combatía en nombre de la democracia italiana como combatió á Barbarroja, y otras veces le llamaba con anhelo á que le auxiliara contra Italia como llamó á los Othones. Así, aquel César, entre alemán y romano, resultaba como una especie de Presidente abstracto, pues tenía el mundo sobre la mano, pero no bajó la mano. Electiva la monarquía imperial, faltábale aquella fuerza tomada en tiempo de castas hereditaria y hereditarios privilegios por el viejo principio monárquico. Rey de Italia y Emperador de Alemania, ni ciudades, ni señoríos, ni repúblicas, ni régulos sometidos nominalmente, ni monarquías vasallas, le prestaban el homenaje verdadero de la sumisión y de la obediencia. Sin embargo, la Iglesia lo combatió siempre, y tomando por pretexto el que la casa de Suabia se había constituido en realeza tradicional, cortándose un reino al Mediodía de Italia y en Sicilia, excomulgó á Federico II y descabezó á Coradino, como el protestantismo á María Estuardo y como la revolución á Carlos I y á Luis XVI. El imperio desapareció casi al desaparecer la casa de Sicilia. Una sombra quedó tan solo en Alemania, pero no logró Roma suprimir el poder político y civil, suprimiéndola casi, todo lo contrario, declaráronse los Reyes de derecho divino para demostrar cómo no necesitaban de los Papas. Los primeros en iniciar esta separación, fueron los Reyes de Aragón, sucesores de Sicilia de la casa de Suabia; y los que más lejos la llevaron, fueron los Reyes de Francia, grandes separatistas, y fautores capitales del cisma de Occidente, del cautiverio de Aviñón, y de la ruina de los templarios. El poder monárquico empezó así la política laica y civil, cuyas consecuencias tocamos en nuestros días. Sin estas contemplaciones de la grandeza del poder monárquico y del poder pontificio sería imposible comprender la revolución.

Y hasta en el seno de nuestro Oriente europeo hay que penetrar para conocer en sus

gérmenes y en sus fases el siglo décimo nono y la revolución, El imperio griego se había distinguido en la Edad Media del imperio latino y el Pontificado universal en que nunca jamás cayó á los pies del mundo bárbaro y germánico. Constantinopla no tuvo Alaricos, Oloacros, Pipinos, Carlo-Magnos, Othones, Barbarrojas, aquella especie de dueños, originarios de Germania, unos y otros en el espíritu de Germania empapados completamente. Cuando los mongoles ó tártaros advinieron, Constantinopla murió sin rendirse, ni entregarse á la barbarie, como se rindiera y entregara Roma. Bizancio no había dejado constituirse un sacerdocio, compitiendo y rivalizando con el imperio. Todo César bizantino aparece como jefe de la Iglesia, pues el Patriarcado erigido en odio á Roma, se reduce á una capellanía del Palacio imperial. No aparece, al resplandor de la historia verdadera, Bizancio, ni tan uniforme, ni tan decadente, ni tan invariable como dice un vulgar y superficial sentido. Aunque hayan constituido imperios en el siglo noveno los búlgaros, y en el siglo décimo-cuarto los servios frente al imperio griego; aunque la gente latina se haya creído por algunos momentos instalada en aquel trono para una eternidad; aunque las cruzadas se formaran en socorro á Jerusalén y en azote á Bizancio; aunque los venecianos contrastaran siempre á los bizantinos y los turcos se alzaran en Asia Menor con amenazadora prepotencia, el imperio heleno se restablece pronto del daño inferido por la cuarta cruzada y de las pasajeras aventuras latinas recobrando los tres mares, á su poder cerrados por tantas desgracias, y yendo hasta el Peloponeso por obra de las fuerzas ganadas en su restauración y robustecimiento. Pero cuando había predominado sobre búlgaros venetos, servios; traído á sumisión los señoríos del Epiro y la Ática; puesto un límite á las ambiciones de Venecia con tanta pujanza como felicidad; la tromba descendida de los desiertos tártaros á Palestina, pasando de Palestina y sus sacros alrededores al Asia Menor, amenaza desplomarse terrible sobre Constantinopla, reducida al territorio frente á tal mundo ilimitado, y con pocas fuerzas frente á una raza inagotable. De siglos duró el combate de griegos y turcos, sucumbiendo al cabo los menos, pero con esfuerzo tan heroico, en sacrificio tan sublime que no ilustró el primer Constantino su nombre tanto con la fortuna de fundar Constantinopla, como lo ilustró el último con la desgracia de perderla en tan grande ocasión eternamente renombrada y gloriosa. El Imperio no pudo salvar á Grecia, ni el Pontificado constituir Italia. En el exceso de su cosmopolitismo los Papas hicieron de Roma la provincia de las provincias y sacrificaron la capitalidad y sus primacías históricas al mundo entero. Por la necesidad que tenía el Papa católico de ir con todas las naciones católicas, se quedó la Italia sin ser ella nación hasta nuestros días. El Papa entregó á los Carolingios, Italia, en cambio de su patrimonio personal; y los Carolingios no supieron defenderla ni de los bárbaros al Norte, ni de los griegos al Mediodía. El Papa, cuando los Reyes lombardos más trabajaban por constituir el Estado italiano, disolvieron tal Estado en el *Pandemonium* de la Europa imperial y pontificia. El Papa hizo

de Roma la capital del imperio. El Papa, cuando se disiparon los Carlovingios, llamó á los Othones, para que constituyeran una dinastía extranjera entre las dos dinastías que se disputaban la supremacía en Italia. El Papa, en odio á los Suabias ya italianizados, favorece á los terribles anjevinos y provoca las visperas sicilianas. El Papa, no sólo compromete su poder espiritual en la defensa de su poder temporal, sino que, para enaltecer y agrandar éste, constituye un Estado en el centro de la Península que impide la unidad italiana. Y ya veis cómo está nuestro siglo, el poder temporal de los Papas ha muerto, y el poder temporal de los califas vive, mientras designa el mundo un heredero á la preciada joya que se llama Constantinopla. Lo repito, el problema europeo viene de muy lejos, y á muy lejos habrá de dilatarse antes que reciba sus soluciones definitivas y supremas. En todo esto se hallan las corrientes eléctricas generadoras de tan terrible tempestad.

Lo pueblos neutrales, que aparecían apartados del espíritu de nuestro siglo, se han desvivido por recogerlo y respirarlo. El imperio bizantino jamás se asimiló ni el imperio alemán tampoco á los eslavos. Lo que había hecho Roma en la Edad antigua con los celtas de las Galias y de la Iberia, no supieron hacerlo sus herederos de la Edad Media con los ajenos pueblos que acampaban á su alrededor ó en sus fronteras orientales. Alemania no pudo tampoco asimilarse los pueblos escandinavos, que han constituido tres verdaderas naciones: Dinamarca, Suecia, Noruega. Algo hizo contra los eslavos del Elba, germanizados hasta convertirlos en alemanes; pero nada pudo hacer contra los eslavos de Bohemia, hoy mismo formidable avanzada del eslavismo. En cambio las ciudades asiáticas establecieron factorías germánicas en el Báltico mar, al cual denomina Freeman un Mediterráneo del Norte; y las órdenes de caballería, como la orden teutónica, fundaron el marquesado de Brandeburgo, que será el germen de Prusia, y le añadieron la Pomerania, no pudiendo añadirle también la Silesia, sólo conquistada en tiempo de Federico el Grande, por impedirlo Polonia y Bohemia. También adelanta el elemento germánico hacia el Danubio y hacia el Vístula. Pero en el Danubio le cortan su paso, primero los húngaros, que se interponen con su reino entre los eslavos del Norte y los eslavos del Mediodía; luego los turcos, que llegan con Solimán el Magnífico hasta las puertas mismas de Viena y aterran á Lutere; y en el Vístula detiéndola Polonia. Pero Turquía se consumirá pronto en su fanatismo, concunción que nos cuesta hoy sudores de sangre; y Polonia, no pudiendo alcanzar ni un contrafuerte sobre la montaña, ni un respiradero en el mar, quedará por su anárquica nobleza y por su inmensa llanura, expuesta de suyo al desgobierno interior que la debilitará sin remedio, y á las irrupciones exteriores que acabarán por suprimirla; generando con tal infortunio perdurable conflicto á la Europa contemporánea, y extendiendo indeleble mancha en la conciencia universal. Toman los húngaros, parientes del turco por su sangre, y enemigos del turco por su religión, reyes alemanes, y entran en el sistema solar de Alemania, cortando los eslavos del Norte y los eslavos del Sud en dos con su interposición, como

el establecimiento de la Lituania con su célebre ciudad Dantzig, obra de eslavos poloneses impide la unión de los pueblos alemanes, por las regiones del Nordeste. Cerrada por Francia y sus cuasi anejos los pueblos flamencos, la Borgoña, los cantones helvéticos al Occidente; por la Península de Italia y los pasos á ella conducentes, como el Tirol, al Mediodía; por el Báltico y el Océano Boreal hacia el Norte; hallábanse concentrados los intereses mayores de Alemania en las fronteras del Oriente. Por esta razón, bastándole al Oeste la defensiva contra sus vecinos, tentados en mil ocasiones de pasar el Rhin é impedidos de arraigar allende tan propia y natural línea de separación, como bastándole por la debilidad irremediable de Italia al franqueamiento y libertad completa de los Alpes, Alemania necesitaba muchas fuerzas al Oriente, donde tenía grande ministerio de civilización que cumplir y se hallaba frente á pueblos de brava índole y complejos caracteres. He aquí por qué se formaron los dos grandes Estados Orientales, al Norte Prusia y al Mediodía el Austria, frente y con los pueblos eslavos. Desconocedor el vulgo de las genealogías que tienen los hechos históricos, generados siempre por grandes y antiguos antecedentes, atribuyen á causas accidentales y segundas nacidas todas de ocasiones inmediatas los grandes fenómenos, como la rivalidad entre los eslavos y los alemanes ó entre Rusia y Alemania. Pues bien, la formación de los dos grandes imperios, que se disputan el predominio sobre la gente germánica, Prusia y Austria, proviene de una irreconciliable y antigua oposición radical con los pueblos eslavos á cuya servidumbre aspiran por incontrastable movimiento de los hechos. El Austria con los Hapsburgos está frente á los eslavos del Mediodía y por eso tiende la línea de sus dominios desde Trieste á Praga y la Prusia con los Brandeburgos está frente á los eslavos del Norte, y por eso levántase su marcha entre el Oder y el Elba, ó sea, en lecho eslavón disecado de su antiguo eslavismo. Y sus dominios se dilatan hoy desde Silesia hasta Mekemburgo, y cuentan con el ducado de Posen. Tales oposiciones podrán olvidarse acaso en la diplomacia de los poderosos, pero no se ocultan de ningún modo á la intuición de los pueblos. Ellos habrán de conocerlas por la tristísima experiencia de guerras en que sacrifican sus hijos.

Es indudable que tiene un carácter aparte de todos los continentes el nuestro. La Europa no se cansa de producir nunca organismos nuevos en su Historia moderna, como no se cansa la Naturaleza. El grande trabajo cumplido en el Oriente y en el Norte, tiene su correspondencia en el Occidente y en el Mediodía. La Edad Media se acabó con los cuatro hechos capitales que señalan su fin. 1.º Los Concilios de Basilea, de Constanza, de Florencia, determinantes de nuevo espíritu religioso. 2.º La invención de la imprenta, medio eficaz de verdadera cultura. 3.º El renacimiento de las letras y las artes por las emigraciones de los hechos venidos de la infeliz Constantinopla. 4.º La increíble aparición de América. Y en cuanto la Edad Media concluye, se forman al Occidente los grandes Estados modernos, que necesitaban salvarse á un tiempo, si deben constituirse, de la tutela romana y del feu-

dalismo general. Vemos cumplida la obra, tocamos sus saludables consecuencias, pero no advertimos su inmensa dificultad. Se necesita un esfuerzo extraordinario, y eso que los reyes venían preparándolo desde fines del siglo décimo cuarto en una doble guerra con el clero y con las aristocracias. La razón del Estado se sobrepuso á todo. Nacieron hombres que parecían como cifras, según daban de mano á todo escrupulo en la realización y cumplimiento de su ministerio histórico. Escribiéronse las artes de fingir y engañar, teorizando la profesión y propagando la mentira. El Rey forjó por medio de las Universidades y de los jurisconsultos la corona del derecho divino para sus sienes, cuando en los siglos anteriores, habíala forjado por medio de los conventos y de los teólogos para sí los Pontífices. Desde la *Imitación de Cristo* al príncipe de Maquiavelo media una inmensa distancia, y hay que decirlo, dominan más en el siglo del Renacimiento las máximas de Maquiavelo que dominaron en los siglos del clero los principios de la *Imitación*. Luis XI, Alejandro VI, César Borgia, Fernando V, Enrique VII y Enrique VIII, parecen como una sola personalidad, según han perdido todos la conciencia para servir á la formación y establecimiento de sus respectivos Estados. Cuando comunica Felipe el *Hermoso* de Austria á Fernando V de Aragón, como decía Luis XII de Francia que le había engañado tres veces, contesta Fernando á su yerno estas memorables palabras: «El bellaco miente; lo menos le he engañado siete veces.» Idos con escrupulos á Luis IX, al tratarse de agrandar su Francia, sumándole Borgoña; ni á Fernando V, al tratarse de agrandar su España, sumándole Navarra. El pobre desposeído Albret imaginaba que éste renunciaria en su lecho de muerte á Navarra para granjearse la gloria celestial. Pero Fernando V no sentía remordimiento alguno por las mentiras espectadoras y los engaños perpetrados en la obra de unificar sus monarquías, y no confesó de ningún modo en su trance último aquel pecado, de cuya comisión le han absuelto con creces la Historia y la patria. ¡Qué serie de canalladas cometen! ¡Cuántas perfidias hacen y cuántos embustes dicen! ¡Cómo prescinden á una de toda moral! ¡Qué zorreros en los tratos! ¡Qué fieras en las batallas! Han menester desde una política nueva hasta una nueva estrategia. Contra Roma deben constituir el Estado de todo en todo independiente; contra el feudalismo deben constituir un solo señorío contra tantos señoríos. Hay que arremeter contra Irlanda, herir á magnates como el condestable Borbón, entrar á saco en Roma, ganar con simonías grandes ventajas para el regalismo, perjurar en los tratados, perseguir y descabezar al príncipe de Viana y á María Estuardo y á Rodrigo Borgia; todo se hará, todo sin vacilación para constituir la grande Francia, la grande Inglaterra, la grandísima España, necesarias indudablemente á la realización del mundo social que continúa la obra y el misterio de la creación, encarnando en formas superiores la vida. La razón del Estado entrará en las revoluciones modernas y tendrá gigantesca personificación.



CAPÍTULO TERCERO

Descomposición de los grandes poderes europeos antes de la revolución francesa



VULGAR, y amén de vulgar por extendida, robusta por arreglada, la creencia de que murieron la clerecía en su estado secular antiguo; la realeza en su poder absoluto; el feudalismo y la influencia moral de muerte súbdita en la revolución francesa. [Sin embargo, no conozeo más infundada creencia. Nunca mueren las viejas instituciones de un rayo ó de un tiro. Fuéronse descomponiendo las antiguas europeas en una descomposición sistemática y gradual. Antes de que los revolucionarios franceses llegasen á su ensañamiento con la monarquía y con la Iglesia, hiriéndolas como las hirieron, hubo en verdad otras revoluciones de muy otra estirpe y categoría en Europa. ¿Cuáles? preguntaría. Pues las revoluciones hechas por los Reyes de los siglos medios y del Renacimiento. Abrid los anales de nuestra Historia, y veréis cómo aquellos Monarcas, que cayeron combatidos por los revolucionarios en el polvo, precedieron á las revoluciones en sus combates con los sacerdotes y con los aristócratas. Del primer combate, del combate con la Iglesia, nos dan testimonio el regalismo, el luteranismo que fué obra de los Reyes en Alemania, el dogma y el culto anglicanos equivalentes al catolicismo sin el Papa, la Iglesia galicana toda para los Reyes, la expulsión de los jesuitas en que aquéllos entraron, la constitución de una Iglesia tan del Estado y tan independiente de Roma en lo posible como las iglesias por nosotros planteadas en los territorios de nuestras invenciones y de nuestros descubrimientos. Pues no digamos nada de lo que hicieron los Reyes con los nobles. La fijación del derecho no más, ya significaba un ataque por el pie al árbol nefasto de las potencias feudales. Acostumbradas éstas á juzgar por medio de un derecho, consuetudinario y real, en que no había poder alguno superior al suyo, [arbitrario y omnímodo, recibieron un golpe de muerte, así que fijaron innovadoras y